

los, llevémosle siempre. El que le lleve no perecerá en las llamas eternas. No quiere decir esto que cuando se lleva el Escapulario se hace uno invulnerable en el tiempo y puede sustraerse á la justicia de Dios durante la eternidad. Nó; la devoción al Santo Escapulario no es una devoción supersticiosa. Los fieles saben muy bien que el vestido que les honra no puede ponerlos al abrigo del peligro, que no deben exponerse é él imprudentemente. Los Cielos no pueden quitar aquella libertad de que habla Bossuet, que arrastra al hombre á abusar de ella. No digo que esta insignia haga invulnerable, aunque haya habido ejemplo de mortíferas balas que han caído ante ella. Podría citaros numerosos milagros que ha concedido Dios generosamente para premiar la devoción del Santo Escapulario. Sólo, pues, os diré: ¡llevad esa insignia con honor y devoción, llevadla con amor, llevadla asociando á ella la práctica de la virtud, el tierno amor y el celo fervoroso por la gloria de María, y entonces os garantizo que no pereceréis! Guardaos, sobre todo, de dar testimonio de indignas debilidades, no le profanéis con vergonzosas bajezas, no le profanéis con vuestros desórdenes; manifestaos, por el contrario, santamente celosos en ser fieles servidores de la Reina de los Cielos, cuya magnífica librea lleváis. ¡No la abandonéis jamás, para que María no os abandone tampoco; ella ha prometido que quien viva bajo la protección de esta insignia, no perecerá! No la abandonéis, permaneced fieles á María y María lo será con vosotros, no solamente en el tiempo, sinó en la eternidad, á la que os llamará para que participéis de su gloria. *Así sea,*

BRUNET.

INSTRUCCIÓN FAMILIAR.

PLAN.

PRIMERA CONSIDERACIÓN.—El Escapulario es una vestidura de salud.

SUBDIVISIONES.—1. Es fuente de gracias.—2. Es signo de predestinación.—3. Goza de muchas indulgencias.—4. Nos hace participar de las buenas obras de los asociados.

SEGUNDA CONSIDERACIÓN.—El Escapulario es una vestidura de santidad: nos compromete á cumplir mejor nuestros deberes.

SUBDIVISIONES.—1. Hacia Dios.—2. Hacia la Santísima Virgen.—3. Hacia el prójimo.

Gaudens gaudebo in Domino., quia induit me vestimentis salutis, et indumento justitiæ circumdedit me.

Yo me regocijaré con sumo gozo en el Señor.... pues me ha revestido del ropaje de la salud, y me ha cubierto con el manto de la justicia.

(Is., LXI, 10)

TAL es, A. H. M., el lenguaje de un verdadero cofrade del Carmelo, de un buen servidor de María, que no se contenta con llevar la librea de la Madre de Dios y los distintivos de su cofradía, sinó que cumple exactamente con sus obligaciones, y la glorifica con la práctica de una vida santa é irreprochable. ¡Cuán grande es su alegría, en efecto, cuando piensa que se halla de una manera especial bajo la protección de la Santísima Virgen, que le ha adoptado por hijo suyo, y que puede mirarla con complacencia como á su Madre! Pero como yo me he presentado aquí, más bien que á felicitar á los buenos cofrades del Escapulario, á invitar á que lo tomen los que todavía no le tienen, y para fortalecer á los que habiéndole tomado se alejan de su deber, trataré de persuadir á dos clases de personas que están en el error relativamente al Santo Escapulario. Unas creen que el Escapulario es una cosa indiferente, otras se imaginan que basta tenerle sin tomarse el cuidado de llevarle dignamente. Demostraré á los primeros que este santo hábito es una vestidura de salud, y por lo tanto que no es una cosa indiferente. Haré ver á los otros que es un hábito de justicia, y que por esta razón hay que acompañarle de buenas obras. Tal es el asunto de mi discurso.

AVE MARÍA.

PRIMERA CONSIDERACIÓN.

EL ESCAPULARIO ES UNA VESTIDURA DE SALUD.

No trato de consignar como una verdad de fe que el Santo Escapulario sea indispensable para la salvación, ni que haya obligación de tomarle bajo pena de pecado, ni tampoco que este santo hábito sea una señal segura é infalible de predestinación. No es absolutamente necesario para salvarse, y se puede alcanzar la gloria eterna aunque no se haya recibido; siempre que se observen los mandamientos de Dios y de la Iglesia, y que se cumplan exactamente sus deberes, hay seguridad de entrar en el reino de los Cielos; la Iglesia no ha tenido esta devoción en doce siglos, y no obstante, sus hijos eran más santos y más perfectos que lo son al presente. Este hábito no es tampoco una señal cierta é infalible de predestinación, puesto que llevándole se puede vivir como impío, y por consiguiente, condenarse. Es hasta una cosa visible que muchos cofrades del Escapulario serán excluidos de la dicha eterna, porque deshonoran el Escapulario con su mala vida. Pero me atrevo á asegurar que es de un gran auxilio para ayudar á cumplir los deberes del cristianismo, y un medio muy ventajoso para adelantar en el camino de la perfección, porque es á la vez una *vestidura de salud y un hábito de justicia*.

Digo, en primer lugar, que el Santo Escapulario es un hábito de salud porque es una fuente de gracias. Nadie ignora que no podemos trabajar en nuestra salvación por nuestras propias fuerzas; que el auxilio divino es tan necesario para ayudar nuestra debilidad, que sin él no podemos ejecutar la menor acción digna de la vida eterna. Este auxilio es lo que llamamos la gracia del Omnipotente. Y siendo el Escapulario el hábito y la librea de la Santísima Virgen, que es la Madre de las gracias, se sigue de ésto que es un medio muy poderoso para obtenerlas. María se ha comprometido á ello de la manera más auténtica. Veamos la prueba. San Simón Stock, precedido desde su infancia de las bendiciones del Cielo (*Vida de San Simón Stock*), después de haber pasado treinta años en una horrible soledad, no teniendo más habitación que el tronco de un árbol, por alimento raíces y yerbas crudas, y agua como única bebida; desconocido de los hombres, pero querido de Dios, visitado muchas veces por los ángeles, y aún por la Reina de los ángeles, se inscribió en el Orden de los Carmelitas, siendo siempre el modelo de todas las virtudes. Habiendo muerto el general de esta Orden, se le eligió para llenar su puesto. Cuando ocupó este empleo, su mayor cuidado fué el hacer honrar á la Madre de Dios, á la cual había tenido desde su juventud una tierna devoción, y de la que había recibido muy grandes favores; pero el principal

fué, sin duda, el de ser elegido por esta Reina de las vírgenes para la creación de la Cofradía del Escapulario. Un día que se hallaba en oración, se le apareció María, Madre del Salvador, rodeada de una multitud de espíritus celestiales, llevando en sus manos un escapulario de que le revistió, diciéndole estas palabras tan consoladoras para todos los que tienen la suerte de estar agregados á esta ilustre cofradía: «Recibid, mi querido hijo, el Escapulario de que os hago presente á vos y á toda vuestra Orden, por cuya insignia quiero que se os reconozca en el porvenir como hijos míos. Es una señal de predestinación, una promesa de paz y de alianza eterna, un signo de salvación en los peligros de la vida; y todo el que muera con este hábito, no sufrirá las penas eternas.»

¿Puede, A. H. M., escucharse algo más beneficioso y más consolador de parte de María que estas magníficas promesas? ¿Pero es cierto el hecho? Muy cierto; porque se halla fundado en el testimonio de uno de los Santos más grandes de la Iglesia, reconocido por tal, y que por consiguiente, en calidad de tal, ni se ha engañado, ni nos engaña. Este hecho se halla referido en una Bula de Juan XXII, Soberano Pontífice y Jefe visible de la Iglesia. Ha sido aprobado por otros muchos Papas que han concedido grandes privilegios é indulgencias en favor de la Cofradía del Escapulario (1). Este hecho ha sido reconocido como verdadero por un considerable número de obispos, de doctores, de grandes personajes, y en particular por muchos Santos de los últimos siglos. La Cofradía del Santo Escapulario se ha extendido por toda la Iglesia; los grandes y los pequeños, los ricos y los pobres, los reyes y los súbditos, los príncipes y las princesas, los hombres que ocupaban y los que ocupan todavía las más altas eminencias de la Iglesia y del Estado, todos se han hecho inscribir con la misma ansiedad. Pero lo más notable sobre todo esto, es que Dios la ha autorizado por medio de milagros averiguados y justificados. Se han visto gran número de enfermos desahuciados de los médicos, curados en el acto. Se han visto gentes preservadas de los mayores peligros, del agua, del fuego, del hierro, y retiradas, por decirlo así, de las puertas de la muerte; se ha visto á los elementos respetar á este santo hábito; el rayo, las tempestades, la mar, el hierro y el acero homicidas; pero el milagro mayor que ha obrado el Santo Escapulario muy á menudo, y no dudamos que lo realice aún todos los días, es la conversión de los pecadores más abandonados y más endurecidos.

La Santísima Virgen es quien realiza estas maravillas, la que proporciona las gracias especiales de conversión y de salud en favor de los cofrades del Escapulario, y no hay que sorprenderse de ello, siendo como es omnipotente cerca de su Hijo, y estando al mismo tiempo llena de ternura, de bondad y de misericordia hacia los hombres, y en particular hacia aquellos que le son especialmente adictos,

(1) Esta Bula es llamada la Bula Sabatina.

por la profesión pública que hacen de ser sus devotos servidores.

En segundo lugar, el Escapulario es un signo de predestinación. Es una verdad de fe que nadie sabe ni puede saber, sin revelación especial, si es digno de amor, ó de odio (ECCLES., cap. v.), si está predestinado ó es del número de los réprobos, si tendrá la felicidad de estar eternamente en el Cielo, ó si será bastante desgraciado para ser enterrado eternamente en los abismos del infierno; espantosa incertidumbre, H. M., que debería mantenernos en una continua zozobra, é impregnar de amarguras todos los placeres y todas las satisfacciones de la vida presente. Sin embargo, hay señales por las que se puede conocer, si no infaliblemente, al menos con alguna probabilidad, si uno es del número de los elegidos; y entre ellas, una de las principales es la de ser incorporado á la Cofradía del Santo Escapulario; y ésto por dos razones: la primera, porque la devoción á la Santísima Madre de Dios ha sido mirada siempre en la Iglesia como un signo especial de predestinación; y nosotros vemos, en efecto, no solamente que todos los Santos cuya vida conocemos han sido muy devotos á ella, sinó también porque muchos grandes pecadores se han convertido y han venido á ser grandes penitentes por la protección de María, á quien daban algunas muestras de devoción. Y nada hay que les sea más grato que el entrar en la Cofradía del Escapulario, y hacer con ésto pública profesión de su amor y de su culto á ella. La segunda razón que alego para demostrar que la Cofradía del Escapulario es un signo de predestinación, es que la Santísima Virgen ha prometido, al instituirse, que los que se inscribieren en ella y tuviesen la felicidad de morir con su hábito y su librea, no experimentarían jamás las llamas eternas; lo cual no puede entenderse sinó de los que viven y mueren como buenos cofrades.

Añadamos también dos grandes ventajas de la Cofradía del Santo Escapulario, que hacen conocer que este hábito es una vestidura de salud; hablo de las indulgencias con que se halla enriquecida esta sociedad, y las oraciones y otras buenas obras de que son partícipes los cofrades. No ignoráis, H. M., que siendo perdonado el pecado mortal, queda borrada la falta enteramente; pero la pena eterna se cambia en una pena temporal que tiene que sufrirse necesariamente, ó en este mundo por medio de la penitencia, ó en el otro en los terribles fuegos del purgatorio. Mas las indulgencias son una relajación de estas penas. No entraré en el detalle de las que han sido concedidas á la Cofradía del Santo Escapulario. Son en gran número, y solamente os diré que en el día de la recepción de este santo hábito, y en el artículo de la muerte, se puede ganar indulgencia plenaria. ¿Con qué anhelo, pues, no deberíamos tratar de aprovecharnos de estos tesoros de la Iglesia? ¿Qué no haría un hombre condenado á galeras ó á prisión perpetua para salir de ellas? ¿Con qué ardor no buscamos todos los días los medios para procurarnos algún bien ó libertarnos de algún mal? Aquí se trata de satisfacer á la justicia de Dios, de pagar deudas inmensas, de libertarnos de un tormento que se halla fuera de los

alcances de la inteligencia, y podemos conseguirlo muy fácilmente. ¿No somos, pues, insensatos, cuando desdeñamos medios tan fáciles de solventar nuestras deudas, de que un día tendremos que pagar hasta el último óbolo, si morimos deudores á la justicia terrible de un Dios vengador? (MATTH., cap. v).

Otra ventaja muy considerable de la Cofradía del Escapulario es la de participar de todas las buenas obras que se practican en el Orden de los Carmelitas y entre todos los cofrades del Escapulario. ¡Cuántas misas celebradas ú oídas! ¡Cuántas confesiones y comuniones! ¡Cuántos ayunos, abstinencias, mortificaciones y penitencias! ¡Cuántas limosnas espirituales y corporales! ¡Cuántas obras de piedad de toda especie! ¡Qué tesoro tan inmenso! Y si el mérito de la más pequeña obra es incomparablemente superior á todos los bienes de la tierra, á todo el oro y la plata, á todos los diamantes y piedras preciosas del Universo, como no podemos dudar de ello un sólo momento, porque el mérito de un vaso de agua fría dado en nombre de Jesucristo, será recompensado eternamente, según la palabra que El mismo ha empeñado (MATTH., cap. VIII), mientras que todas las riquezas del mundo dejarán de ser y serán eternamente destruídas y disipadas por el incendio que debe preceder al gran día del juicio; ¿qué debemos juzgar del tesoro inestimable de méritos y de buenas obras de que participan el Orden del Carmelo y la Cofradía del Escapulario? ¿Quién, después de ésto, podrá, no diré despreciar, lo que Dios no permita, lo que no conviene sinó á los consumados impíos, sinó desdeñar siquiera el entrar en esta santa asociación, revestirse del Escapulario, que es, como acabáis de ver, una vestidura de salud, una fuente de gracias y de socorro, un *signo de predestinación, un medio para ganar grandes indulgencias y para participar de tesoros inmensos, de méritos y de buenas obras*? Mas para hacerse digno de tantas ventajas, es preciso recibir y llevar el Escapulario con santas disposiciones, porque *es un hábito de justicia*. Vamos á verlo en mi segunda parte.

SEGUNDA CONSIDERACIÓN.

EL ESCAPULARIO ES UNA VESTIDURA DE SANTIDAD QUE NOS COMPROMETE
Á LLENAR MEJOR NUESTROS DEBERES.

Cuando digo que el Escapulario es una vestidura de justicia, quiero dar á entender que obliga al que le lleva, á la práctica de ciertos deberes particulares, á cuya observancia se han comprometido todos sus privilegiados, y sin la cual este santo hábito viene á ser no solamente inútil, sinó funesto. Estos deberes tienen relación primeramente con Dios; en segundo lugar, con la Santísima Virgen; y en tercer lugar con el prójimo, y en particular con los otros cofrades.

En primer lugar, el Escapulario es una vestidura de justicia con relación á Dios; es decir, que muy lejos de ser esta librea de María

un medio para dispensarse de obedecer á la Ley y á los Mandamientos del Señor, es por el contrario un nuevo compromiso para observarlos con más exactitud. La Santísima Virgen no ha tenido ni ha podido tener otra mira ni otra intención, al instituir la Cofradía del Escapulario, que el procurar á Dios servidores más fieles, á su Hijo Jesucristo discípulos más fervorosos, y á la Iglesia hijos más obedientes. Este hábito es un hábito de santidad; por consiguiente, obliga á los que le visten á una perfección mayor. Nada más natural, nada más conforme á la piedad y á la razón; y pensar ó hablar de otra manera, es engañarse muy groseramente.

Sin embargo, hánse encontrado más de una vez, y Dios no permita que haya otros, algunos ignorantes, ó mejor dicho, ciegos voluntarios, que se han imaginado que el Santo Escapulario era un pretexto para vivir con abandono de su salvación y para satisfacer sin escrúpulo sus pasiones; llevando su temeridad hasta el punto de asegurar como cierto que la Santísima Virgen había prometido que todos los que se revistieran con su santo hábito jamás sufrirían las llamas eternas, y que por una consecuencia necesaria se salvarían infaliblemente; y por lo tanto, sea cual fuese la conducta que siguieran, no era temible la condenación, siempre que usaran el Escapulario en el último momento de la vida. Convengo en que la Santísima Virgen ha dicho que todos los cofrades que muriesen usando el Escapulario se librarían de las llamas eternas; pero ¿qué deducís de ésto? ¿Que los cofrades del Escapulario, impíos y libertinos, que hayan deshonrado esta santa vestidura con una conducta completamente pagana, por medio de crímenes reiterados y continuos hasta el fin de sus días, morirán como predestinados? Eso es contrario á la Santa Escritura, á todos los Padres de la Iglesia, y á la razón. ¿O bien acaso que la Santísima Virgen obtendrá infaliblemente para estos malos cofrades las gracias de su conversión en el lecho de la muerte y la perseverancia final? Será así ó no será; porque aún cuando pueda suceder que María obtenga en la hora de la muerte la conversión de un asociado del Santo Escapulario, eso no es infalible; y puede añadirse, que ésto acontece muy rara vez. ¿Cómo, pues, han de entenderse esas palabras de la Santísima Virgen que hemos alegado? Veamos: María, Madre de Dios, nada dejará de hacer por su parte para conseguir la salud de un cofrade del Escapulario; y si él responde á sus cuidados, á su caridad y á su solicitud, puede decirse ciertamente que se salvará. Mas si, por el contrario, se prevale de la librea de María para vivir como un mal cristiano, ella encontrará medio de arrancarle su santo hábito; ella no permitirá que le lleve hasta la muerte y que tenga la dicha de espirar con este signo de salud; él mismo se despojará de ese sagrado signo, y lo despreciará. Pero si aconteciese que un cofrade impenitente rindiase el alma estando vestido del Escapulario y se encontrase en el terrible estado del pecado mortal, es de fe que quedaba condenado.

El Escapulario es por lo tanto un motivo muy poderoso para obli-

gar á los que tienen la dicha de llevarle, á servir al Señor con más fervor y fidelidad, debiéndose deducir de ésto una conclusión completamente opuesta á la que deducen los malos cofrades, á saber: que los que no hayan vivido como buenos cristianos serán juzgados con más rigor, y si tienen la desgracia de condenarse serán mucho más atormentados que otros pecadores. No ocultemos nada, H. M.; rindamos testimonio á la verdad. La razón de lo que vaticino es evidente. ¿No es una cosa averiguada que se pedirá más á los que más hayan recibido? Así nos lo demuestra el Evangelio por la parábola de los talentos, y en otras muchas partes, en términos claros y sin figuras. (MATTH. c. XXV). ¿Y cuántas gracias no reciben los cofrades del Escapulario? El número de ellas es infinito. Si, pues, tienen la desgracia de abusar de ellas, ¡qué materias tan propias para los suplicios del inferno!

Si queréis conseguir las grandes ventajas que ha prometido la Virgen en favor del Santo Escapulario, no solamente debéis llevarle como un vestido *de justicia con relación á Dios*, pagando con más cuidado todo lo que le debéis, sinó que debéis de considerarle también como una obligación *de justicia hacia esta buena Madre*; justicia que comprende todos vuestros deberes con relación á ella, á saber: el honor, la confianza y la imitación. 1.º Debéis honrarla, es decir, tener un profundo respeto hacia su sagrada persona, publicar por todas partes sus alabanzas, procurarla, cuanto esté de vuestra parte, servidores celosos, contribuir, según vuestros recursos, á la decoración de los templos y de los altares dedicados bajo su advocación, concurrir á las solemnidades de las fiestas establecidas en su honor, declararos manifiestamente por ella en todas ocasiones, oponeros con valor á sus enemigos, á los que desacreditan su culto, sus cofradías y su devoción. 2.º Debéis tener á honra el pasar públicamente como del todo entregados á su servicio, y no ruborizaros de llevar su librea; la cualidad de cofrade del Escapulario, de hijo de María, os impone todos estos deberes; os halláis en el número de sus familiares, de sus amigos, de sus confidentes y de sus domésticos. ¿Qué diríais de un hijo que oyese hablar mal de su padre y de su madre y que los viera maltratar sin indignarse y sin ponerse de su parte? ¿No le miraríais como un ingrato y un desnaturalizado? Si un servidor que lleva la librea de un gran señor no se declarase por su amo en ocasión oportuna, ¿no merecería ser expulsado vergonzosamente de su compañía? Si un amigo, un confidente, dejara de tomar parte por su amigo, ¿no sería indigno de este nombre? Haced ahora aplicación de todas estas comparaciones. La Santísima Virgen os concede tantos favores; vosotros la miráis como vuestra Madre, y ella ha aceptado voluntariamente esta calificación; ella os ha vestido con su santo hábito, que es su librea particular; ¡qué honor tan grande para vosotros! Pues si en el mundo se considera como una gloria el estar al servicio de los reyes y de los príncipes, el llevar su librea, ¡cuán grande no será la gloria de llevar la librea de la Reina del Cielo y de la tierra, de la Madre del Soberano

Señor de todo el Universo! Debéis por lo tanto cumplir con exactitud todos los deberes de la Cofradía del Escapulario; recitar todos los días algunas oraciones; imponeros algunas privaciones, los sábados sobre todo, en honor de la Santísima Virgen; llevar el Escapulario constantemente sin dejarle jamás. Con estas prácticas tan fáciles de piedad, y que no dejan de ser muy meritorias; con el cumplimiento de los otros deberes de que acabamos de hablar, aumentaréis vuestra confianza en María y podréis esperar el cumplimiento de las magníficas promesas que ha hecho á los cofrades del Escapulario.

3.º En fin, el tercer deber de un cofrade del Escapulario hacia la Santísima Virgen, es la imitación de sus virtudes. Esta es la piedra de toque y la señal infalible con que se conoce al verdadero servidor de María y al buen cofrade del Carmelo; sin esta imitación, todo lo que por otra parte hagáis en su honor y en su gloria, de poco os servirá, ó acaso no os servirá de nada, sinó para aumentar vuestra condenación. Ella no se contenta con un exterior de religión, que no es más que una corteza si no está acompañada del interior; ella quiere el corazón, quiere que os consagréis todo entero á su Hijo y á ella, y eso no podéis conseguirlo sinó practicando las virtudes de que tan ilustres ejemplos os ha dado. ¿Y cuáles son estas virtudes? Vosotros, cristianos, no ignoráis que el culto de María abraza todas las virtudes cristianas. Cierto que los demás fieles están obligados á imitar á la Santísima Virgen; pero los cofrades del Escapulario deben verificarlo con más perfección. La cualidad de servidores y de hijos de María con que están honrados, el hábito de que se hallan revestidos, no les permite dudar de ello. ¡Qué monstruosidad sería, pues, un cofrade del Escapulario desarreglado y libertino! ¡Qué deshonor para la Santísima Madre de Dios! ¡Qué motivo de dolor para ella el ver en el número de sus hijos, en su misma familia, á los Judas que hacen traición á Jesucristo su querido Hijo, á los judíos y verdugos que lo crucifican de nuevo, á los sacrílegos que pisotean su cuerpo y su sangre! ¡Qué espectáculo ofrecería una persona licenciosa vestida con la insignia de la más pura de las vírgenes; un hombre sensual, bajo la librea de la más mortificada de todas las mujeres; un orgulloso, entre los servidores de la más humilde de todas las criaturas; un hombre violento y vengativo, en la familia de esta divina Madre tan llena de dulzura y de caridad; una mujer, una joven mundana, immodesta en sus trajes y en sus maneras, y que no piensa sinó en el lujo y en la vanidad, pertenecer á la casa y estar entre los servidores de la Madre de Dios, tan casta, tan modesta, tan llena de pudor y que jamás ha podido sufrir nada que se asemejase, por poco que fuera, á las máximas del mundo y á las libertades que en él se permiten! Una persona de honor no puede admitir en su servicio gentes de mala reputación, porque esto haría sombra á su honra. Juzgad, pues, cuánto no deshonrarán á la Santísima Virgen los cofrades del Escapulario que observan una conducta desarreglada y caen en excesos vergonzosos, y el terrible castigo que pedirá contra los que perseveren en su malicia. ¿Con

qué valor se atreverán esos desgraciados á presentarse á ella en la hora de la muerte? ¿Con qué atrevimiento le enseñarán su santo hábito que habrán manchado, desgarrado y tratado tan indignamente? (GENES., c. xxxvii). Ella dirá, como Jacob de la vestidura de su hijo José: «Este es el vestido que dí á ese mal cofrade, á quien admití en otro tiempo como á mi hijo predilecto; pero está teñido en la sangre del pecado; una bestia cruel, mi enemigo el demonio, ha devorado á mi hijo.»

El tercer deber que nos enseña que el Escapulario es una vestidura de justicia, se refiere al prójimo, á quien un cofrade del Carmelo está obligado á auxiliar con sus oraciones, con sus buenos consejos, con sus bienes, con sus servicios, y particularmente á edificar con su buena conducta. Esta obligación debe cumplirse con todos los hombres, pero en particular con los demás cofrades. Sin embargo, digámoslo aquí para confusión de un gran número de asociados al Escapulario, ¿que caridad se observa entre ellos? ¿Dónde está la solicitud para ayudarse mutuamente, sobre todo en el negocio de la salvación? Muchos de ellos ¿no son, por el contrario, una piedra de escándalo para los demás? ¡Cuán terrible es esto! ¡Cuán digno del enojo de la Santísima Virgen! ¡Cuántos de ellos no se ve que destrozan á sus hermanos con su maledicencia, que tienen una envidia mortal, que no pueden sufrirles, que los desacreditan en todas ocasiones, que los oprimen y les quitan sus bienes, que los insultan y los maltratan! ¿Con qué ojos ha de mirar la Madre de Jesucristo semejante conducta? ¿No os parece ver á una madre desconsolada que mira á sus hijos que luchan entre sí, que se injurian y que se hacen una guerra cruel? ¿No deberíais ruborizaros, malos cofrades, de obrar de esta manera? ¿Qué debéis esperar, pues? ¿Cuál será el rigor de vuestro juicio y la enormidad de vuestros tormentos en la eternidad después de haber sido tan perversos, no obstante que poseáis tantos medios de salud y de santificación? Ese horrible abuso de tantas y tantas gracias y auxilios, ¿no os hace temblar? Entrad en vosotros mismos y arrepentíos sinceramente. En cuanto á vosotros, que cumplís los deberes de buenos cofrades, no puedo menos de felicitaros por vuestra dicha y de exhortaros á la perseverancia.

Concluyo invitando á todos los que no disfrutan de las ventajas de los inscriptos en el número de los cofrades del Santo Escapulario, á que no tarden más tiempo en agruparse bajo los estandartes de la Reina del Cielo. ¿Podrían diferir aún la época de vestirse el Escapulario, después de haber comprendido las grandes prerogativas que lleva consigo este distintivo? ¿No merece la salud eterna que se abandonen algunas cosas por alcanzarla? ¿No sería una marcada imprudencia el no servirse de un medio tan fácil y tan eficaz al mismo tiempo? Recíbidle, pues, H. M.; llevadle dignamente, y no dejaréis de encontrar en él una fuente de gracia en esta vida y un poderoso auxilio para bien morir.